



NARÓDNAYA VOLIA Y SÓFYA PERÓVSKAYA

НАРÓДНАЯ ВÓЛЯ  
СÓФЬЯ ЛЬВÓВНА ПЕРÓВСКАЯ

00 | PRÓLOGO POR INSTINTO SALVAJE

El siguiente texto busca rescatar parte de la historia de un grupo nihilista olvidado en el tiempo, sabemos que una vida o una acción no pueden ser reducida a un papel, pero queremos realizar este pequeño gesto a compañeros y compañeras que no dudaron en dar la vida en la consecución de la destrucción de todo tipo de autoridad.

La construcción del presente documento fue realizado con mucha dificultad, ya que el acceso a la información es restringida por el idioma, archivos desaparecidos y el mismo mutismo de la historia de la lucha llevada a cabo por compañeros y compañeras que no se reconocen bajo el prisma autoritario, sino que se reconocen como antiautoritarios tanto de discurso y práctica.

Queremos construir la memoria de nuestros y nuestras combatientes, la lucha antiautoritaria. Muchas acciones, individualidades y gestos revolucionarios que hemos olvidado y buscamos en otros caminos e ideas esa

memoria de lucha que claramente no son las nuestras, somos anarquistas y nihilistas, por ende no podemos construir nuestra lucha y memoria sobre la base de ideas autoritarias y de nuestro enemigo histórico, que no ha dudado en usarnos para la consecución de sus objetivos, luego nos encarcelan y nos asesinan, para nosotras la lucha es nuestra vida y no es algo que se pueda trazar.

Esperamos que en estas líneas que relatan la historia de nuestros hermanos y nuestras hermanas sientan el amor que se dedicó al reconstruir una parte de su historia y porque no decirlo de la nuestra. El texto desde lo más profundo de nuestro corazón va dedicado a cada individualidad que participo de este grupo nihilista y en especial a la compañera Sófya Peróvskaya quien se convirtió en la primera mujer rusa ejecutada como “delincuente política”.

## 01 | NARÓDNAYA VOLIA НАРОДНАЯ ВÓЛЯ

Organización nihilista formada el año 1879, luego de que *Semlya i Volya* (tierra y libertad) se dividiera en dos grupos: *Repartición Negra* que seguía la misma línea de *Semlya*, y *Narodnaya Volya* (Voluntad del Pueblo) que estaban a favor de una organización de conspiración para la subversión y la entrega del poder al pueblo, donde la acción armada era un medio de defensa, de autoprotección y un poderoso instrumento de agitación que se empleaba para alcanzar determinados fines, siendo uno de estos fines indispensables, la muerte del zar.

*Vera Figner, Anna Korba, Andrei Zhelyabov, Olga Liubatovich, Nikolai Morozov, Timofei Mikhailov, Lev Tikhomirov, Mikhail Frolenko, Grigory Isaev, Sófya Peróvskaya, Nikolai Sablin, Ignatei Grinevitski, Nikolai Kibalchich, Nikolai Rysakov, Gesia Gelfman, Anna Yakimova, Sergei Kravchinski, Tatiana Lebedeva y Alexander Kviatkovsky se unieron a Narodnaya Volya.*

El día 19 de noviembre de 1880 intentaron usar la dinamita para destruir el tren donde viajaba el Zar, la mina había sido colocada bajo los rieles de la vía y los hilos conductores estaban tendidos a bastante distancia en el campo; las personas encargadas de la acción se hallaban en sus puestos al pasar el tren, a la primera señal que dio Peróvskaya, Stepan Schiraiev no unió los electrodos, y uno de los trenes pasó ileso; a la segunda señal descarriló el segundo tren. Pero el zar había pasado en el primer tren; en el segundo solo pasaban los servidores de la corte. Fue un fracaso, más el hecho en sí, causó una gran impresión en Rusia y tuvo un eco resonante en toda Europa.

En noviembre de 1879 Stephan Khalturin logró encontrar trabajo como ebanista en el Palacio de Invierno, con la intención de ejecutar un acto revolucionario contra Alejandro II. Cuando *Khalturin* se hubo enterado de la situación de las habitaciones, las condiciones del palacio y los usos y costumbres de los criados, trajo amistad con el personal más bajo y, conquistó especialmente la simpatía de un gendarme que vivía con él en los sótanos del palacio. Después de estos primeros pasos, Khalturin comenzó poco a poco a llevar a la bodega en su maletín dinamita suministrada por el comité de Narodnaya.

Cuando llego a tener una cantidad considerable y se creyó que el transporte de más cantidad podría comprometer la acción, se decidió obrar.

El 5 de febrero de 1880, día de la llegada del príncipe de Hesse, debía realizar Khalturin el atentado; volar el comedor del palacio y enterrar bajo los escombros al zar y su familia juntamente con el huésped puntualmente a la hora señalada de antemano, colocó Khalturin la mecha en contacto con la dinamita, la encendió y se marchó para no volver más. Cuando la familia imperial entraba en el comedor se produjo una terrible explosión. En el piso superior inmediato al sótano, donde se hallaba la guardia del regimiento finlandés, resultaron 50 soldados muertos y mutilados. Pero la cantidad de dinamita era demasiado pequeña para poder derrumbar el piso alto con el comedor. El suelo tembló y quedo combado a consecuencia de la sacudida; la vajilla cayó con estrepito, más la familia imperial salió ilesa.

El 25 de febrero de 1880, Alexander II anunció que estaba considerando la posibilidad de conceder al pueblo ruso una constitución. Para mostrar su buena voluntad fueron puestos en libertad varios presos políticos. Mikhail Loris-Melikof, el Ministro del Interior, se le dio la tarea de diseñar una constitución que satisficiera a los reformadores, pero al mismo tiempo preservar los poderes de la autocracia. El Departamento de Policía de Rusia estableció una sección especial que se ocupaba de la seguridad interna. Esta unidad con el tiempo llegó a ser conocida como la Okhrana. Bajo el control de Loris- Melikof, los agentes secretos comenzaron a unirse a las organizaciones políticas que hacían campaña por la reforma social.

En enero de 1881, Mikhail Loris-Melikof presentó sus planes a Alejandro II. Ellos incluían una ampliación de los poderes de la asamblea rural. Bajo su plan, cada zemstov también tendría el poder de enviar delegados a una asamblea nacional llamada el Gosudarstvenny Soviética que tendría el poder de iniciativa legislativa. Alejandro II estaba preocupado ya que el plan daría demasiado poder a la Asamblea Nacional y designó un comité para examinar el plan con más detalle.

Los miembros de Narodnaya Volya estaban cada vez más enfadados con el fracaso de llegar a alguna mejora. Por lo tanto, comenzaron a hacer planes para otro intento de asesinato. Los implicados en la trama incluían a Sófya Peróvskaya, Andrei Zhelyabov, Vera Figner, Anna Yakimova, Grigory Isaev, Gesia Gelfman, Nikolai Sablin, Ignatei Grinevitski, Nikolai Kibalchich, Nikolai Rysakov, Mikhail Frolenko, Timofei Mikhailov, Tatiana Lebedeva y Alexander Kviatkovsky.

Kibalchich, Isaev y Yakimova fueron comisionados para preparar las bombas que se necesitaban para matar al zar. Isaev cometió un error técnico y una bomba estalló provocándole graves daños en su mano derecha. Yakimova lo llevó al hospital. Tan pronto como recobró el conocimiento insistió en salir, pero ahora en su mano derecha faltaban tres de sus dedos, siendo incapaz de seguir trabajando, pasó a Yakimova la responsabilidad exclusiva de la preparación de las bombas.

Se realizó una reunión de crisis en la que Timofei Mikhailov, solicitó que se continuara en todos los frentes. Sin embargo, Sófya Peróvskaya y Anna Yakimova argumentaron que deberían concentrarse en los planes para asesinar al zar. Se acordó finalmente que Peróvskaya y

Yakimova tenían razón. Se decidió formar un grupo que tenía la tarea de anotar todos los movimientos del zar.

Se descubrió que cada domingo el zar daba un paseo a lo largo de Malaya Sadovaya Street. Se decidió que este era el lugar adecuado para atacar. A Yakimova se le dió la tarea de alquilar un piso frente a la calle. Gesia Gelfman tenía un piso en Telezhnaya Street y esto se convirtió en la sede de Narodnaya, mientras que la casa de Vera Figner fue utilizada como un taller de explosivos.

Nikolai Kibalchich quería hacer una bomba de nitroglicerina, pero Andrei Zhelyabov lo consideró como “poco fiable”. Sófya Peróvskaya favoreció la minería. Finalmente se decidió que el carruaje del zar debía ser explotado con granadas de mano, como una segunda estrategia, si todo lo demás fallaba, uno de los miembros debía dar un paso adelante y apuñalar al zar con una daga.

La Okhrana descubrió que había un complot para matar a Alejandro II. Uno de los miembros de Narodnaya, Andrei Zhelyabov, fue detenido el 28 de febrero de 1881, pero se negó a proporcionar cualquier información sobre la conspiración. Él con confianza dijo a la policía que no podían hacer nada por salvar la vida del zar. Alexander Kviatkovsky, otro miembro del grupo, fue detenido poco después.

Finalmente se decidió realizar el ataque el día 01 de marzo de 1881. Sófya Peróvskaya estaba preocupada de que el zar cambiara a último momento la ruta para su paseo dominical. Por consiguiente, dio las órdenes para que los miembros encargados de las bombas se pusieran a lo largo del Canal Ekaterinsky. Grigory Isaev había colocado

una mina en Malaya Sadovaya Street y Anna Yakimova miraba desde la ventana de su piso para que cuando viera al carro acercándose diera la señal a Mikhail Frolenko.

El zar Alejandro II decidió viajar a lo largo del Canal Ekaterinsky. Un cosaco armado se sentó con el cochero y otros seis cosacos seguían a caballo. Detrás de ellos venía un grupo de agentes de policía en trineos. Peróvskaya, que estaba estacionada en la intersección entre las dos rutas, dio la señal a Nikolai Rysakov y a Timofei Mikhailov para lanzar sus bombas en el carruaje del zar. Las bombas se perdieron entre el carro y en su lugar aterrizaron entre los cosacos. El zar salió ileso, pero insistió en salir del carro para comprobar el estado de los heridos. Mientras él estaba de pie con los cosacos, otro miembro, Ignatei Grinevitski, lanzó su bomba. Alexander (zar) murió en el acto y la explosión fue tan grande que Grinevitski también murió por la explosión de la bomba.

Todos los miembros escaparon rápidamente de la escena y esa noche se reunieron en el piso alquilado por Vera Figner.

**N**IKOLAI RYSAKOV, fue arrestado en la escena del crimen. Sófya Peróvskaya dijo a sus compañeros: “Conozco a Rysakov y él no dirá nada.” Sin embargo, Rysakov fue torturado por la Okhrana y se vio obligado a dar información sobre los otros miembros de la organización. Al día siguiente, la policía allanó el piso donde se encontraban. Gesia Gelfman fue arrestada pero Nikolai Sablin se suicidó antes de ser capturado con vida. Poco después, Timofei Mikhailov, cayó en la trampa y fue arrestado.

Miles de cosacos fueron enviados a San Petersburgo y

se establecieron controles de carretera, y todas las rutas de salida de la ciudad fueron cerradas. Una orden de arresto fue emitida para Sófya Peróvskaya, pero ella se negó a tratar de escapar de la ciudad, ya que su principal preocupación era desarrollar un plan para rescatar a Andrei Zhelyabov de la cárcel, sin embargo el día 3 de marzo, los periódicos informaron que Zhelyabov se había adjudicado toda la responsabilidad por el atentado y por lo tanto firmó su propia sentencia de muerte.

## I

**P**eróvskaya fue detenida mientras caminaba por la Perspectiva Nevsky, el 10 de marzo. Más tarde ese mismo mes Nikolai Kibalchich, Grigory Isaev y Mikhail Frolenko también fueron arrestados. Sin embargo, otros miembros de la organización, incluyendo Vera Figner y Anna Yakimova, lograron escapar de la ciudad. Peróvskaya fue interrogada por Vyacheslav Plehve, el Director del Departamento de Policía. Ella admitió su participación en el asesinato, pero se negó a nombrar a sus compañeros.

El juicio de Zhelyabov, Peróvskaya, Kibalchich, Rysakov, Gelfman y Mikhailov, se realizó el 25 de marzo 1881. El fiscal Muraviev leyó su inmensamente largo discurso que incluyó el pasaje: “Echa fuera a los hombres, malditos de su país, para que puedan responder por sus crímenes ante Dios Todo poderoso!”.

El fiscal Muraviev concentró su ataque en Sófya Peróvskaya: “Podemos imaginar una conspiración política, podemos imaginar que esta conspiración utilice los medios más increíblemente crueles; podemos imaginar que una mujer sea parte de esta

conspiración. Pero que una mujer guie la conspiración, que ella tome sobre sí todos los detalles del asesinato, que ella con toda frialdad y cinismo dirija a los lanzadores de bombas, dibujándoles un plano y mostrándoles dónde pararse; que una mujer se haya convertido en la vida y el alma de esta conspiración, debe estar a unos pasos de distancia del crimen – los sentimientos normales de la moral no pueden tener conocimiento de tal papel de las mujeres.”

A esto Peróvskaya respondió: “No niego los cargos, pero yo y mis amigos estamos acusados de brutalidad, de inmoralidad y de desprecio por la opinión pública. Quiero decir que cualquiera que conozca nuestras vidas y las circunstancias en las que hemos tenido que trabajar no nos acusaría de inmoralidad o de brutalidad.”

## II

*extraído de la Rusia Terrorista | Ex Nihilo*

02 | TESTIMONIO DE PRIMERA MANO SOBRE  
SÓFYA PERÓVSKAYA | S. STEPNIAK  
СÓФЬЯ ЛЬВÓВНА ПЕРÓВСКАЯ

Era hermosa. No con la belleza que a primera vista seduce, sino con aquella que es más encantadora cuanto más se la contempla. Una rubia cabecita, con dos ojos azules, serios y perspicaces bajo la pura y espaciosa frente. Nariz pequeña, boca fresca que en frecuente sonrisa mostraba dos hileras de bellísimos dientes blancos.

Pero lo más atractivo era el conjunto de su fisonomía. Tenía un no sé qué de avisgado, brioso y al mismo tiempo

ingenioso en su carita redonda. Era la juventud personificada. A pesar de sus veintiséis años, parecía una muchacha de dieciocho años. Su gracioso cuerpo, menudo y sutil, y su voz fresca, argentina y extraordinariamente simpática, aumentaban esta ilusión, que se trocaba casi en certidumbre cuando la joven empezaba a reír, cosa que ocurría con frecuencia. Tenía la fácil risa de las niñas, y se reía de tan buen grado y con tal franqueza, que parecía una muchacha de dieciséis años

No cuidaba de su exterior. Vestía muy modestamente, y tal vez no sabía lo que es un traje o un adorno que sienta bien o mal. Pero tenía una gran pasión por la limpieza, y en este punto era remirada como una joven suiza.

Amaba mucho a los niños y era una excelente maestra. Pero hay un oficio que ejerció todavía mejor: el de enfermera. Cuando alguna de sus amigas caía enferma, Sófya era la primera en solicitar aquel penoso cargo. Y sabía llenarlo con una dulzura, un buen humor y paciencia tales, que le conquistaban para siempre el corazón de sus enfermos.

Y aquella mujer de aspecto tan sencillo, de carácter tan noble y afectuoso, era uno de los miembros más temidos del partido terrorista.

A ella tocó la dirección del atentado del 13 de marzo; ella trazó con un lápiz, sobre un viejo sobre, el plano de la localidad indicando a los conjurados su puesto respectivo, y en la mañana fatal estaba en el campo de batalla, recibiendo de los centinelas noticias sobre los pasos del comperador y avisando con un pañuelo a los conjurados el lugar a donde debían dirigirse.

¿Qué titánica fuerza se escondía bajo aquel semblante tan sereno? ¿Qué cualidades poseía aquella mujer extraordinaria?

Reunía en sí tres poderes que por sí solos constituyen una fuerza de primer orden: una vasta y profunda inteligencia, un carácter entusiasta y ardiente, y, sobre todo, una voluntad de hierro.

Como Kropotkin, Sófya Peróvskaya pertenece a la más alta nobleza rusa. Los Perovski son la rama menor de la familia del famoso Rasumovski, esposo morganático de la emperatriz Isabel, que reinó a fines del siglo pasado.—Su abuelo fue ministro de Instrucción pública; su padre, gobernador general de San Petersburgo, y el tío paterno de Sófya, el célebre conde Perovski, conquistó por el emperador Nicolás una parte considerable del Asia central.

Tal es la familia en que nació la mujer que tan terrible golpe debía dar al zarismo.

Sófya nació el año 1854. Su juventud fue tristísima, al lado de un padre severo y de una madre idolatrada, siempre ultrajada y escarnecida... En el seno de su familia, sintió crecer el germen de su odio contra la opresión y del amor a los débiles y los oprimidos que conservó hasta la muerte.

La historia de su vida es a la vez la de la juventud rusa y la del partido revolucionario.—Resumirla aquí equivaldría a presentar en forma concreta lo que he referido en mi proemio. Me limitaré a indicar los puntos principales.

Sófya Peróvskaya empezó, como todas las jóvenes de su generación, dedicándose con ardor al estudio.—Al cumplir quince años, halló que estaba en su período álgido el

movimiento para la emancipación de la mujer, en el cual había tomado parte su hermano mayor.

Sófya quiso instruirse también, pero su padre se lo vetó, y entonces ella huyó de su casa, imitando a tantas otras jóvenes.

Ocultada en casa de una amiga, envió un parlamentario a su padre, que después de rabiar inútilmente durante algunas semanas, mientras la policía buscaba por todas partes a la doncella, transigió y consintió en enviar a Sófya un pasaporte. La madre le envió secretamente algún dinero. Sófya, libre de cuidados, empezó a estudiar ávidamente.

¿Qué enseñanzas le procuraba la literatura rusa de aquella época? Una severa crítica de nuestro orden social, la cual indicaba como único remedio y fin positivo el socialismo. Sus maestros son Chernischevsky y Dobrolinbof, guías esclarecidos de la generación moderna.—Su deseo de saber se convirtió pronto en ansias de realizar lo que había aprendido. Igual tendencia nace espontánea de otras muchas jóvenes que se hallan en situación idéntica. La comunidad de ideas y aspiraciones determina un sentimiento de profunda amistad, y cuando se ven reunidas conciben el propósito y la esperanza de hacer algo.

He aquí el embrión de una sociedad secreta, porque en Rusia todo lo que se hace en bien de la patria, prescindiendo del emperador, debe realizarse con el mayor sigilo.—Sófya Peróvskaya se alió con la desventurada familia de las hermanas Kornilof, núcleo que dos años después debía convertirse en el círculo de los *clziakovzi* a que me he referido varias veces. La joven Peróvskaya, a quien se habían unido algunos estudiantes, y entre ellos Nicolás Chiakovsky, que dió su nombre a la agrupación,

fue uno de los primeros miembros de tan importante círculo, cuyo carácter fue en un principio más bien familiar que político.

Aquel círculo, que por el momento no tenía más designio que el de la propaganda entre la juventud, era poco numeroso. Los miembros eran admitidos por unanimidad. No tuvieron estatutos, porque no los necesitaban. Todas las decisiones se tomaban siempre por unanimidad, y esta regla poco práctica no tuvo nunca desagradables consecuencias ni la menor molestia, porque el cariño y la consideración recíproca entre los asociados eran tales, que se había logrado lo que el genio de Rousseau entreviera como ideal de las relaciones entre los hombres: la minoría cedía a la mayoría, no ya por necesidad o por imposición, sino con la seguridad de que tenían razón los más contra los menos.

Las relaciones entre los asociados eran tan cordiales como pueda concebirse. Se adoptaron como regla general la lealtad y la franqueza. Todos se estimaban como individuos de una misma familia y ninguno de ellos ocultaba al otro los actos de su vida. Por eso la más pequeña debilidad, una falta de devoción a la causa, toda tacha de egoísmo fueron citadas, subrayadas, a veces censuradas fuertemente, no como lo haría un orgulloso mentor, sino como suele hacerse de hermano a hermano, con amor y amargura.

Estas relaciones ideales, imposibles en un círculo que comprende gran número de personas unidas por el objeto a que aspiran, desaparecieron en cuanto el círculo extendió su actividad política. Pero influyeron en el desenvolvimiento moral del individuo y formaron aquellos caracteres, aquellos corazones de oro y acero que se

observan en Cuprianof, Cheruschin, Alejandra Kornilova, Serdiukof y tantos otros que en un país distinto al nuestro serían el honor, la gloria de la nación. pero que aquí han muerto en la cárcel, se han suicidado, han sido sepultados en las ruinas de Siberia o destrozados por el inmenso dolor de haber perdido todo lo que más querían en la vida...

En aquel ambiente severo y amoroso, lleno de rigorismo casi monástico y saturado de devoción y entusiasmo, pasó Sófya Peróvskaya tres o cuatro años de su primera juventud, en los que el alma cándida y delicada recibe solícita, toda impresión generosa y en que el corazón se desvive por todas las nobles ideas. Allí se templó su carácter.

S. Peróvskaya fue uno de los miembros más influyentes y estimados del círculo, por la estoica severidad de su ánimo, por su infatigable laboriosidad y, especialmente, por su poderosa inteligencia. Su mente clara y perspicaz tenía aquella aptitud, tan rara en las mujeres, de entender perfectamente un asunto y saber enlazarlo con todas las deducciones filosóficas que de se puedan inferirse. De aquí procedía su firmeza de convicciones, que no se modificaba por sofismas, y me-, nos aun por pasajeras impresiones, unida a una extraordinaria habilidad en todas las polémicas, así teóricas como prácticas. Era un entendimiento dialéctico de primer orden. Como veía el objeto por todos sus lados a la vez, llevaba gran ventaja a sus contrincantes, que lo consideraban desde un punto de vista especial o mezquino.—A pesar de su fogoso temperamento, Sófya se elevaba con la fuerza de su ingenio sobre las exigencias de la pasión y veía las cosas con ojos no ofuscados por la niebla del entusiasmo. Nunca exageraba nada y no atribuía a su actividad y a la de sus amigos mayor importancia que la que tenían realmente.

Por eso trataba de ampliarla con vías y medios nuevos, y vino a ser la iniciadora de nuevas empresas. El paso de la propaganda entre los jóvenes a la propaganda entre los obreros, que por los años 1891 y 1892 se realizaba en el círculo de los clziakovzi, se debió en gran parte a la iniciativa, de Sófya Peróvskaya.—Y cuando se hubo verificado este cambio, fue también la primera en pedir que de la ciudad se pasase al campo, pues comprendía que en Rusia un partido del porvenir debe buscar, ante todo, la adhesión de los trabajadores agrícolas. -- Y después, cuando perteneció a la agrupación terrorista, hacía toda clase de esfuerzos para desarrollar la actividad de su partido, que le parecía demasiado exclusiva.

Esta ansiedad de la joven procedía de su gran fuerza de raciocinio y no del romanticismo, que tiene por base una imaginación sobrado ardiente. Del romanticismo que algunas veces impulsa a grandes empresas, pero que comúnmente consume la vida en varios ensueños, no había nada en Sófya Peróvskaya. Era demasiado positivista y perspicaz para nutrirse con quimeras. Tomaba la vida tal como era, tratando de hacer el máximo de lo que puede hacerse en un momento dado. Para ella la inercia era el mayor tormento.

Y, no obstante, por espacio de cuatro años debió permanecer inactiva.

El 25 de noviembre de 1873, Sófya fue detenida juntamente con un grupo de trabajadores, en el barrio de Alejandro Newsky. Fue encarcelada, pero después de un año de prisión fue puesta en libertad provisional, por falta de pruebas, bajo fianza prestada por su padre, y tuvo que ir a Crimea, donde su familia poseía grandes dominios.— Durante tres años, Sófya nada pudo hacer, porque estaba

muy vigilada, y en caso de huir hubiera comprometido a todos los que habían sido puestos en libertad provisional, en vez de esperar en la cárcel el resultado de su proceso.— Pero al fin, en 1877, se vio el proceso de los 193, en el que se vieron envueltos con Sófya Peróvskaya casi todos los miembros de la sociedad de los chialeovzi.

No sería inútil citar aquí un pequeño detalle que revela los rasgos del carácter de Sófya. Los acusados, no queriendo ser un juguete en manos del gobierno, que disponía las sentencias antes de que se abriesen los debates, resolvieron hacer una manifestación solemne. Pero hasta el último día no se determinó el alcance de esa manifestación.

Sófya, que estaba en libertad, compareció sin conocer los propósitos de sus amigos, detenidos en la cárcel, y declaró en primer término, pues se creía cogirla de sorpresa y aprovechar la eficacia de su castigo.

Pero esta esperanza salió frustrada. Sófya, al verse sola, pasado el primer momento de sorpresa, declaró que no quería tomar parte en los debates, porque no veía a ninguno de aquellos de quienes quería compartir la suerte.

Era precisamente lo que se decidía en aquel instante en las celdas de la cárcel.

Se absolvió a Sófya; pero, en vez de recobrar la libertad, fue entregada a los gendarmes para pasar a una de las provincias septentrionales, que es lo que se hace en Rusia con los delincuentes absueltos por el tribunal.

Pero ya no pesaba sobre ella ninguna obligación moral. Por eso decidió fugarse, y lo hizo aprovechando la primera ocasión favorable, sin ajena auxilio y sin avisar a sus

amigos, que la vieron de nuevo en San Petersburgo alegre y sonriente, como si nada hubiese sucedido, refiriendo los detalles de su evasión tan sencilla, inocente y casi burlesca, que entre las terribles peripecias de su vida es como una flor de rododendro en medio de las abruptas rocas del Diablaret suizo.

En 1878, tomó otra vez parte activa en el movimiento. Pero cuando volvió, después de cuatro años de ausencia, al campo de batalla, todo había cambiado : los hombres, las tendencias y los medios.

Por primera vez aparecía el terrorismo. La joven se adhirió al movimiento como único recurso para combatir al gobierno. Y en esta tremenda lucha demostró todo el valer de sus eminentes cualidades.

Pronto conquistó en la organización terrorista la misma influencia y el mismo prestigio que tenía en el círculo de los cliakovzi. Poseía una energía sin límites. Sabía realizar por sí sola el trabajo de muchos. Era incansable. Predicaba a la juventud y era una de las más afortunadas, porque al arte de convencer añadía aquel otro más difícil de inspirar entusiasmo y sentimiento del deber, de los que estaba llena su alma.—Con frecuencia dirigía su voz a los obreros, que la amaban por su sencillez y su seriedad, y fue una de las iniciadoras de la sociedad terrorista obrera llamada Robochaia drugina, a la que pertenecían Timoteo Mikailof y Risakof.—Tomó parte en todas las empresas de los terroristas, empezando por la de liberar a Voinaralsky.—Su mente serena y perspicaz sabía prever los más pequeños detalles, de los que muchas veces depende el éxito de las grandes empresas.—Era muy hábil en los preparativos que requieren tanto ingenio y sangre fría, porque una palabra puede comprometerlo todo, no ya por

lo que se refiere a la policía, de la cual viven muy apartados los nihilistas, sino en virtud de indiscreciones casi inevitables—entre marido y mujer ó entre amigos,— que a veces descubren el secreto mejor guardado y lo entregan a la curiosidad de las gentes.—En cuanto a Sófya, llevaba su reserva hasta el punto de que podía vivir durante muchos meses con íntimas amigas sin comunicarles el menor de sus actos.

Acostumbrada a vivir en con el ruido revolucionario, Sófya adquirió una gran aptitud para adivinar en sus compañeros las cualidades que les distinguían, y sabía, como pocos, servirse de los hombres. Y no era que emplease para esto subterfugios, pues no tenía necesidad de recurrir a la astucia. Se imponía por su carácter de hierro, por su palabra soberanamente persuasiva y, sobre todo, por su valer moral y la pureza que emanaba de su persona.

El temple de ánimo era en ella tan poderoso como la inteligencia. La tremenda labor de la conspiración perenne en las condiciones de Rusia, era labor que agota y consume los temperamentos más robustos, porque el Dios implacable de la Revolución pide en holocausto, no ya la vida, no ya la sangre de sus servidores —¡y ojalá eso le bastara!—sino la médula de sus nervios y su cerebro, el alma de su alma: el entusiasmo y la fe—y si no es así los rechaza despiadado;—esa labor no ha podido debilitar el ánimo de Sófya Peróvskaya.

Durante once años permaneció en su puesto de honor, presenció inmensas pérdidas, sufrió crueles desengaños, y, aun así, redobló su audacia. Supo avivar el fuego sacro. No se envolvió en el manto lúgubre y triste del rígido «deber». A pesar de su estoicismo y su aparente frialdad, fue

siempre una sacerdotisa inspirada, porque bajo su coraza de bruñido acero latía un corazón de mujer, y, hay que confesarlo, las mujeres se encienden en esta llama divina mejor que los hombres. Por eso hay que atribuirle casi todo el fervor religioso del movimiento revolucionario ruso. Y por eso el nihilismo, mientras cuente con las mujeres, será invencible.

Sófya Peróvskaya no era sólo una organizadora. Marchaba al combate y buscaba siempre el puesto de mayor peligro. Tal vez esto le daba su fascinación invencible. Cuando fijaba en alguien su profunda mirada, que parecía penetrar en lo más hondo del pensamiento y decía con su noble alemán ¡Adelante!, nadie podía retroceder ni detenerse. Ella volaba al peligro gozosa, feliz, según decía.

La vemos intervenir en todas las empresas de los años 1879 a 1881, y a veces corría el mayor riesgo, como en la tentativa de Hartmann, donde, en calidad de casera, tuvo que hacer frente a serios peligros inesperados, y donde, con su presencia de ánimo y sangre fría, supo alejar las contingencias que preceden ó acompañan a cualquier empresa.

En cuanto a su denuedo y calma en la ejecución, no hay palabras bastante expresivas para ponderarlas. Baste decir que en la tentativa de Hartmann, los seis u ocho hombres que ayudaban á éste y que no eran gente despreciable, encargaron á Sófya prendiese fuego al depósito de explosivos que estaba dentro de la casita, para volarlo todo y perecer todos, en el caso de que la policía viniese a detenerlos. También se le confió la delicada misión de vigilar la llegada del tren imperial para dar la señal de la explosión en el momento preciso. Y ya es sabido que, si fracasó el intento, no tuvo ella la culpa.

No hablo de la dirección del asunto del 13 de marzo, porque sería repetir lo que todos saben. —El procurador imperial, queriendo demostrar la poca fuerza del Comité Ejecutivo, dijo que éste se había visto obligado a confiar la dirección de acto tan importante a la débil mano de una mujer.—Sin duda el Comité entendía más que él de estas cosas, como lo probó la misma Sófya Peróvskaya.

Fue detenida una semana después del 13 de marzo, porque se negó a salir de la capital. Compareció ante el Tribunal serena y firme, sin la menor ostentación o jactancia, sin tratar de disculparse o glorificarse, sencilla y modesta como había vivido. Sus propios enemigos se conmovieron al verla.

En brevísimas palabras pidió tan sólo que no la separasen de sus compañeros, pues quería correr su misma suerte, y esta petición suya fue atendida...

Se aplazó la ejecución por seis días eternos, aun cuando estaba fijado en tres el término legal de la casación y de los recursos de indulto.

¿Cuál fue la causa de este inexplicable retardo? ¿Qué se hacía entretanto con los sentenciados a muerte? Nadie lo sabe. Circularon por la capital los más siniestros rumores. Se aseguraba que, por jesuítico e infame consejo de Loris Melikof, los condenados fueron sometidos a la tortura, que debía arrancarles revelaciones, y que esto se hacía, no ya antes de la sentencia, sino después, a fin de que nadie pudiese oírles.

¿Eran vanos rumores ó indiscreciones ciertas? Nadie lo sabe. Como no hay testimonios positivos, no queremos dirigir ni aun a nuestros enemigos una acusación

semejante. Pero hay un hecho innegable que contribuyó a dar crédito a esos asertos persistentes: ¡nadie oyó más la voz de los condenados!—Se prohibió a los parientes de los reos visitarles en la cárcel, a pesar de que una piadosa costumbre permite estas visitas. El gobierno no vaciló en apelar á indignos subterfugios para sustraerse a todas las censuras.—La amorosa madre de Sófya vino desde Crimea al primer anuncio de la prisión de su hija. La vió por última vez el día del fallo.—Después, con diversos pretextos, se le negó tenazmente la entraría a la cárcel. Por fin le designaron la mañana del 15 de abril para que viera a su hija. Fue allí; pero no bien hubo llegado a las puertas, se abrieron de par en par, y vió a su hija... pero ya en el carro fatal. Era la lúgubre comitiva de los condenados que se dirigían al lugar de la ejecución.

No referiré los horribles pormenores de aquella matanza. —«He asistido a una docena de ejecuciones en Oriente— dice el corresponsal de la Gaceta de Colonia; —pero nunca vi acto de tal barbarie.

«Todos los reos murieron heroicamente. Kibalchik y Geliabof aparecen muy tranquilos. Timoteo Mikailof está pálido, pero firme. Risakof tiene una palidez enfermiza. En cuanto a Sófya Peróvskaya, da pruebas de extraordinario vigor de ánimo. Sus mejillas conservan su color sonrosado, mientras su sereno semblante, en el que no hay ni sombra de orgullo, revela un verdadero valor y una abnegación sin límites.--Su mirada es tímida y humilde y no refleja la menor ostentación...»

Esto lo dice, no ya un nihilista, ni un radical, sino el corresponsal de la Koelnisci e Zeitung (16 de abril de 1881), que no puede ser tildada de simpatía por los nihilistas.

A las nueve y cuarto, Sófya Peróvskaya había dejado de existir...

\*\*\*

## CONTINUACIÓN DE INSTINTO SALVAJE

Sófya Peróvskaya, Andrei Zhelyabov, Nikolai Kibalchich, Nikolai Rysakov, Gesia Gelfman y Timofei Mikhailov fueron condenados a muerte. Gelfman anunció que estaba embarazada de cuatro meses y se decidió posponer su ejecución. Peróvskaya, como miembro de la alta nobleza, podía apelar contra su condena, sin embargo, se negó a hacerlo. Se alegó que Rysakov se había vuelto loco debido a las constantes torturas. Kibalchich también mostró señales de que se encontraba con un desequilibrado mental y hablaba constantemente de una máquina voladora que había inventado.

El 3 de abril de 1881, a Zhelyabov, Peróvskaya, Kibalchich, Rysakov y Mikhailov se les dio té y se les entregaron sus ropas negras de ejecución.

Una pancarta fue colgada a sus cuellos con la palabra: “Tsaricide” (Zaricidio).

Altos funcionarios del gobierno y aquellos lo suficientemente ricos como para pagar los boletos estaban sentados cerca del andamio que había sido erigido en la Plaza Semenovsky. El insustituible Frolov, de Rusia y único verdugo, jugueteó borracho con las sogas, y Sófya y Zhelyabov fueron capaces de decir unas últimas palabras el uno al otro. La plaza estaba rodeada por doce mil soldados y golpes de tambor sordo sonado. Sófya y

Zhelyabov se besaron por última vez, luego Mikhailov y Kibalchich besaron a Sófya. Kibalchich fue el primero en ir a la horca. Luego fue el turno de Mikhailov. Frolov estaba ya casi sin poder ver bien y la cuerda se rompió tres veces bajo el peso de Mikhailov. Ahora era el turno de Peróvskaya. “Está muy apretado”, dijo. Ella murió de inmediato, pero Zhelyabov, cuya sogá no estaba lo suficientemente apretada, murió en agonía.

**G**ESIA GELFMAN permaneció en prisión y languideció bajo la amenaza de la ejecución durante cinco meses. Finalmente la sentencia fue conmutada, justo antes de que ella diera a luz en las manos de las autoridades, el terrible acto de dar a luz se convirtió en un caso de tortura sin precedentes en la historia humana. Para la entrega, la trasladaron a la Casa de Detención. Los tormentos sufridos por Gesia superaron a los soñados por los verdugos de la Edad Media; pero Gesia no se rindió – “era demasiado fuerte. La bebe nació viva, y ella era incluso capaz de amamantarla.” Poco después de que ella dio a luz a su hija, fue sacada de la cárcel. Gelfman murió cinco días después, el 12 de octubre 1882, debido a una peritonitis causada por la ruptura de su perineo al momento del parto; ya que el médico de la corte imperial se había negado a coser la herida, sin embargo esto no se pudo comprobar. La niña fue llevada a un orfanato y registrada como hija de padres desconocidos, más tarde la pequeña falleció de una enfermedad de la cual no se tienen referencias.

**A**NNA YAKIMOVA, que también estaba embarazada, probablemente de Grigory Isaev, logró escapar a Kiev. Pronto fue detenida y se le procesó junto a Isaev, Mikhail Frolenko, Tatiana Lebedeva y

otros dieciséis miembros del grupo. Aunque todos fueron declarados culpables, sin embargo debido a las protestas internacionales por Víctor Hugo y otros conocidos personajes, no fueron condenados a muerte. En su lugar, fueron enviados a Trubetskov Dungeon, una de la más horrible de las prisiones rusas.

Yakimova dio a luz en la cárcel y tuvo que velar por él día y noche para protegerlo de las ratas. En 1883 ella y Tatiana Lebedeva fueron trasladadas a la prisión de Minas Kara. El viaje hacia el norte, a pie, duró dos años, era apenas mejor que la vida en Trubetskov Dungeon. Como estaba claro que su bebé no iba a sobrevivir el largo viaje, Yakimova lo regaló a “algunos simpatizantes que habían acudido a recibir a los prisioneros con mensajes de apoyo y lágrimas de simpatía”

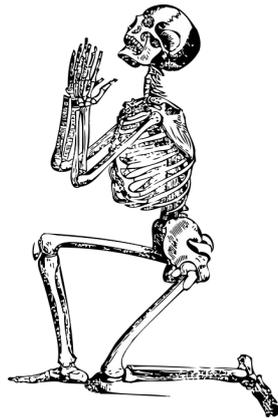
Las mujeres se unieron a otras revolucionarias como Catherine Breshkovskaya y Anna Korba en Kara. Anna tenía veinticinco años de edad para el momento en que llegó a las minas de la prisión. Tatiana, tres años mayor, se encontraba en mal estado de salud y fue descrita como “semi-ciega, con la cabeza afeitada, lisiada y prematuramente envejecida”. A pesar de ser cuidada por Korba, que era una médico calificada, murió en 1887 a los 34 años de edad.

**V**ERA FIGNER fue una de las restantes que inicialmente escapó a la captura, pero el día 10 de febrero de 1883 fue arrestada por gendarmes que la llevaron a la comisaría policial rápidamente. Al ser registrada Vera, inmediatamente metió en su boca un resguardo de un giro realizado a Rostov; un gendarme se percató de la situación y le apretó la garganta, Vera se hecho a reír como para darle a entender que

ya era demasiado tarde, sin embargo no lo terminó de tragar hasta más tarde. Figner fue condenada a muerte el 24 de septiembre de 1884 por ser una de las conspiradoras del asesinato al zar Alejandro II, aunque más tarde su pena fue conmutada y se le condenó a cadena perpetua, sin embargo en el año 1905 el Zar Nicolas II le otorga la amnistía.

A pesar de la represión existente luego del asesinato al zar Alejandro II, hubo intentos por parte de Narodnaya para matar al zar Alejandro III. En reuniones secretas se trazaron planes para matar al zar el 1 de marzo de 1887, el sexto aniversario del asesinato de su padre, Alejandro II.

La policía secreta estaba al tanto de la conspiración. La fecha se adelantó varios días cuando los miembros de Narodnaya se enteraron de que el zar estaba planeando irse a su palacio de verano en Crimea. Los miembros del grupo se plantaron en la plaza antes de la catedral de San Isaac. Pero el zar no compareció en el crepúsculo, los conspiradores regresaron al subterráneo donde se escondían. Ulyanov oyó que el 28 de febrero, el zar conduciría a lo largo de la avenida Nevsky Prospect, probablemente para asistir a los servicios fúnebres en la cripta de su padre en la Catedral de San Pedro y San Pablo. Una vez más los miembros del grupo le aguardaban, pero el zar no apareció. La policía secreta, ante la sospecha de un complot de asesinato, habían advertido al monarca a permanecer en el Palacio de Invierno. Horas después, el grupo dejó sus puestos a lo largo de la avenida Nevsky y se reunieron en una taberna. Uno de ellos, Andreiushkin, había sido seguido hasta la taberna, donde él y sus compañeros fueron capturados.



## NOTA EDITORIAL

Como el rayo que emerge de la sombría nube humana, nos centramos en el derribo arrasador del presente, nada ni nadie puede parar nuestra unicidad, salvo la Muerte, que en sus atributos nos enseñará la voluntad incendiara del Caos. Reduciendo a cenizas la moral social anarquista, elevando la voluntad de potencia Egoista por encima del Todo idealizado y caduco.

Deseamos elevar la catástrofe sobre lo que se ve caduco hace mucho tiempo, la edad de la razón científica o humanística, la era de la bendición del Estado. Retornaremos de las tinieblas sin ningún absurdo valor criminal o esperanza ridícula. Seremos la advertencia del devenir, ninguna herencia de la miseria será perdonada, el Caos como un relámpago impondrá su voluntad incendiaria. Nuestros conciudadanos siempre han sido nuestros enemigos desde hace siglos, ahora más que nunca. La Muerte consumirá en el pozo de sus atributos a los Santos, a los virtuosos, a los buenos, a los acomodados. El delirio del Caos es la destrucción del origen de las ideas religiosas y

morales, el Hombre y todo su orden. Somos la advertencia del actuar egoísta de Vera Figner, Anna Korba, Andrei Zhelyabov, Olga Liubatovich, Nikolai Morozov, Timofei Mikhailov, Lev Tikhomirov, Mikhail Frolenko, Grigory Isaev, Sófya Peróvskaya, Nikolai Sablin, Ignatei Grinevitski, Nikolai Kibalchich, Nikolai Rysakov, Gesia Gelfman, Anna Yakimova, Sergei Kravchinski, Tatiana Lebedeva y Alexander Kviatkovsky, de aquellos que se unieron a *Narodnaya Volya*.

*Fanzine hecho por Instinto Salvaje,  
extraído de Editorial Atamansha,  
ampliado por Ex Nihilo*



*“No niego los cargos, pero yo y mis amigos estamos acusados de brutalidad, de inmoralidad y de desprecio por la opinión pública. Quiero decir que cualquiera que conozca nuestras vidas y las circunstancias en las que hemos tenido que trabajar no nos acusaría de inmoralidad o de brutalidad.”*

S. PERÓVSKAYA

¡MUERTE AL ZAR!

ETW